
ADOLESCENTES EN RIESGO: DEL DESPERTAR SEXUAL A LA TRAGEDIA

María Cristina Rojas[•]

Nunca ha resultado más íntima la asociación del “adolescer” entendido como padecimiento o enfermedad, con el proceso del crecimiento adolescente, que en esta tragedia que transforma el despertar de primavera en una estación cruda, a veces terminal. ¿Cómo un despertar a la vida deviene tragedia sin cauce?

Prevalece en la obra un clima pasional, donde la angustia de los jóvenes, los miedos, la atracción fascinante de lo desconocido, a la vez prohibido, se entranan con la ironía acerca del discreto encanto de la burguesía, la palabra a veces vacía y la impasible crueldad del mundo adulto, tan de época.

Los protagonistas: jóvenes conformados bajo la moral doble de la era burguesa. Transitan la pubertad y primera fase de la adolescencia, período sufrido que hará a Wendla -la que nunca cumplirá 20 años- suspirar “*quisiera haber cumplido ya los 20*”. La adolescencia se define acá como “transición hacia”, hacia una adultez que aparece como lugar de saber, donde ya todo, el sexo, la muerte, los grandes enigmas de la vida habrían de resolverse; punto de llegada, entonces, de un camino sinuoso e incierto. El mundo adulto es así sede del saber y del poder; en la familia, los padres son rectores inapelables. Se trata, de tal modo, de un tiempo de espera, donde el proyecto y el mañana se reducen, en el caso de las niñas, a la expectativa del matrimonio y, a partir de esto, del hijo que la colme. Hijo deseado varón, que se sitúa como falo ilusorio, también quizá rechazando para su niño el propio destino devaluado. Aludo a un diálogo entre Wendla, Marta y Thea donde todas expresan su deseo de tener un hijo varón.

El niño púber se convierte en figura del ello: los progenitores, los adultos todos, podríamos decir, viven bajo su presión. La representación adolescente ha de ser, entonces, neutralizada en su misma fuente. Como señala Gutton, el coartamiento de la sexualidad adolescente es la forma más directa de esa neutralización (Gutton, 1991).

• Psicóloga. Docente de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños y Adolescentes, convenio APBA-UCES. Miembro titular de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo.

En su texto de 1908 sobre “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna”, Freud considera en la causación de las neurosis el papel de una insatisfacción sexual que relaciona con la moral vigente en la sociedad de su época; los síntomas aparecen como satisfacción sustitutiva neurótica. Previamente, en 1907, en carta abierta al Dr. Fürst, se expide acerca del esclarecimiento sexual del niño, que sitúa como indispensable y no más allá de los 10 años: *“Un esclarecimiento así sobre la vida sexual, que progrese por etapas y en verdad no se interrumpa nunca, y del cual la escuela tome la iniciativa, pareceme el único que da razón del desarrollo del niño y por eso sorteas con felicidad los peligros existentes”* (Freud, 1907).

Poco a poco y desde entonces, la sexualidad fue dejando sus escondites, y el propio psicoanálisis contribuyó a ello: hoy, la sexualidad impregna el espacio de lo público, habiéndose incorporado de modo ostensible al discurso social. No solamente se ofrece información sexual a los niños, sino que es ineludible la presencia mediática del sexo, como de la violencia. En relación con esto, entiendo que la sexualidad no se conforma exclusivamente en la privacidad de las vinculaciones familiares.

No obstante, pese a la ilusión de una sociedad transparente, como Vattimo (Vattimo, 1989) denomina a nuestro tiempo, sociedad de la información y la comunicación generalizadas, ilusión de tornarlo todo visible, la sexualidad, como la muerte, no puede recubrirse totalmente con palabras, ni puede mostrarse toda, pese a la desmesurada proliferación de las imágenes.

“Ya no es la obscenidad de lo oculto, reprimido, oscuro, sino la de lo visible, de lo demasiado visible, de lo más visible que lo visible, la obscenidad de lo que ya no tiene secreto, de lo que es enteramente soluble en la información y la comunicación”, señala Baudrillard (Baudrillard, 1998).

Transitamos desde el escote excitante de la dama de corazones, que avergonzaba a Mauricio en la niñez, al primer plano de la pornografía de hoy; del desconocimiento desesperado (*“Dímelo hoy, madre, dímelo ahora, ahora mismo. Después de haberte visto tan asustada no podré estar tranquila hasta saberlo”*), a la sobreinformación ilustrada con imágenes insistentes en la cotidianidad. Pero ¿es acaso solamente un saber manifiesto el que preserva de la muerte, la enfermedad o el dolor?

Pienso a la información sexual como modalidad de la transmisión intergeneracional de significaciones: quien organiza un relato manifiesto sobre tales hechos, aun biológicos, se halla apresado en su propia necesidad, tanto de transmitir como de interrumpir en ciertos puntos la transmisión. Sujeto

implicado en su discurso, que a la vez que dice se confronta con su propia sexualidad: deja, sin quererlo, de decir, omite, tacha. Mientras transfiere y desplaza en el destinatario del relato aquello de sí -o de los ancestros- que aun a sí mismo le es ajeno: transmite, pues, más allá de lo visible y manifiesto, más acá de su propósito e intencionalidad conscientes.

En el texto de esta obra el encuentro sexual de Melchor y Wendla lleva a la niña a la muerte y al niño a un correccional: ellos son, precisamente, los personajes que han recibido una crianza tierna y liberal para la época por parte de cada una de sus madres, aunque con manifiesta exclusión de sus padres varones. Si bien su crianza los constituye curiosos, cuestionadores, diferenciados por su pensamiento autónomo de sus pares, sometidos a mayores restricciones educativas, podemos preguntarnos ¿cuánto hubo en la transmisión materna de mandato de goce, que, proveniente del superyó adulto atravesó el psiquismo de los jóvenes y emergió bajo la forma de un impulso actuado que devino mortífero, y que las propias madres, tan lejanas a este pensamiento en su conciencia amorosa, luego castigaron?

La metamorfosis de la pubertad supone un segundo tiempo de la sexualidad y el desprendimiento de los objetos parentales incestuosos, despertar sexual que se asocia con el despertar de los sueños. El malestar ligado al crecimiento, al abandono de la niñez, del cuerpo infantil, de los padres de la infancia, convoca, sabemos, múltiples duelos: también adquisiciones y ganancias, cuando la tragedia no aborta lo nuevo.

La percepción de la finitud propia, lo ineludible de la muerte -inicialmente, percepción de la muerte de los padres- sacude también el edificio infantil, confrontándose con la omnipotencia de un yo que a la vez se propone inmortal. Puede que el joven quiera confrontar a veces la muerte, con la fantasía de dominarla.

Los signos puberales irrumpen, violentos, en el mundo infantil, siempre inesperados aunque se los haya anticipado ¿cuánto más por entonces, cuando nada había sido dicho ni explicado, cuando la menarca era sangre aterradorante, asociada con enfermedad y muerte, y las poluciones una amenaza pecaminosa e inexplicable, merecedora de castigo?

- *Mauricio: ¿las has sentido ya? Las excitaciones sexuales.*

- *Melchor: ciertamente.*

- *Mauricio: un sueño muy rápido, unas piernas con malla azul celeste.*

- *Melchor: Jorge Z. soñó con su madre.*

- Mauricio: *¿si supieras lo que he sufrido desde aquella noche!*
- Melchor: *¿remordimientos?*
- Mauricio: *una angustia mortal, me creí perdido. Me pareció que un mal interno me consumía.*

Más acá, siglo XXI, año 2006, dice Leticia, mi paciente, desde sus menudos 11 años, de formas sin embargo incipientes: “No quiero, no quiero crecer, tengo una curva en la panza” -desde que tuvo la menarca, hace pocos meses, motivo de una consulta que ella misma demandó-. “El pediatra - al que también ella pidió visitar- me dice que es el útero que crece, que después se va a notar menos. No la quiero así, no me gusta”, se angustia. “Quiero tenerla chata como mis compañeras, como yo la tenía antes”.

Quizá si deja de comer, lo logre “... perdí el hambre, la comida a veces me da asco”, “pelitos tengo muchos, no me gusta” pero la curva de la panza, eso es casi una obsesión. El cuerpo transformado viene de afuera, ajeno, desconocido, enemigo, rompiendo cierta apariencial armonía de la latencia. La sangre no la asustó para nada, había sido muy preparada por su mamá y su pediatra. “Tenía tantas ganas de tener 15 años, siempre, por la fiesta. Pero me imaginaba en la fiesta de 15 con el cuerpo de chica”. Luego confiesa: “Desde chiquita quería ser modelo”.

Dolores de crecimiento, siempre, pero aquí, en Leticia, al modo de hoy.

Desandemos nuevamente más de un siglo, para reencontrarnos con esas otras formas del malestar ineludible del sujeto humano en la cultura. En la lectura que hoy nos convoca nos asomamos a malestares propios de un momento histórico en que los modos sociales y familiares se diferenciaban profundamente de los actuales, en una sociedad marcada por el rechazo y la supresión de toda manifestación sexual, de modo especial en los adolescentes y en la mujer. El siglo XX, que trajo su cuota de liberación sexual particularmente en los utópicos años 60, aportó sin embargo el sida, ratificando la ligazón entre el sexo y la muerte. Sexualidad sin protección, riesgo, embarazo adolescente, suicidio, no son pues privativos de un solo tiempo, aunque hoy se entramen en lógicas diferenciales.

Saber o no saber ¿esa es la cuestión?

Tomaré tres escenas entre Wendla y su madre, personajes a los que ya me referí.

Primera escena:

- *Wendla: ¿por qué me has hecho tan largo el vestido madre?*
- *Madre: hoy cumples 14 años.*
- *Wendla: De haber sabido que me harías tan largo el vestido, hubiera preferido no cumplirlos.*

Luego:

- *Madre: no sé qué decirte. **Me gustaría tenerte siempre como ahora, hija.***

Más adelante, la madre le dirá, besándola: *Corazón mío, **mi único amor*** (el subrayado de las frases en los textos de la obra que transcribo es mío).

La mujer de época, recluida en la escena del mundo doméstico, deviene con frecuencia madre antes que mujer. Freud dice, en el texto ya referido acerca de la moral burguesa: *“La mujer neurótica, insatisfecha por su marido, es hipertierna como madre e hiperangustia hacia el hijo, sobre quien transfiere su necesidad de amor”* (Freud, 1908).

Segunda escena:

- *Madre: **figúrate que anoche estuvo la cigüeña en su casa y le ha traído un niño.***
- *Wendla: cuánto me alegro ¿y esa era la causa de la misteriosa influenza?*
- *Madre: un niño hermosísimo.*

Más adelante:

- *Wendla: soy tía por tercera vez y no sé cómo ocurre. Explícame. No pretenderás que crea todavía en la cigüeña.*
- *Madre: qué cosas se te ocurren, no puedo, de veras que no.*
- *Wendla: no debe ser una cosa mala cuando todo el mundo se alegra de que ocurra.*

Continúan sus súplicas y dice la madre:

- *Bien sabe Dios que yo no tengo la culpa. Te contaré cómo has venido al mundo. Pero es imposible, no puedo yo asumir tamaña responsabilidad. Merecería que me metieran en la cárcel, que me arrastraran.*
- *Wendla: valor, madre.*
- *Madre: para tener un niño se debe amar al hombre con quien se está casada, querer como solo se puede querer a un hombre... como no puede decirse, **como a tu edad no se puede querer.** Ahora ya lo sabes.*
- *Wendla: Dios mío.*
- *Madre: **Ahora ya sabes qué pruebas te esperan.***

Tercera escena:

- *Wendla (en el lecho): sé que voy a morirme.*
- *Madre: no te morirás, tienes un hijo, Wendla, tienes un hijo. ¡Oh, por qué me has causado este daño!*
- *Wendla: yo no he hecho nada.*
- *Madre: no lo niegues, lo sé todo.*
- *Wendla: Pero cómo es posible madre, si no estoy casada.*
- *Madre: eso es lo terrible, qué has hecho.*
- *Wendla: Bien sabe Dios que lo ignoro. **No he querido a nadie en este mundo, madre, solo a ti.***
- *Madre: No me aflijas más, **he procedido contigo lo mismo que mi buena madre conmigo.***

Honrarás a tu padre y a tu madre

Dice el fantasma de Mauricio, al final de la obra: *“Mi moral me ha llevado a la muerte. Por causa de mis queridos padres agarré el arma mortífera. “Honra a tu padre y a tu madre. ¡En mí se ha lucido la Escritura de modo brillante!”*

Se reiteran además frases como esta de Wendla: *“¡Para qué dar a tus queridos padres ese disgusto!”*. O de Mauricio: *“Mis queridos papás podrían haber tenido 100 hijos mejores que yo”*. Frases que, más allá de las condiciones subjetivas de cada personaje, ponen de manifiesto un imaginario social que enfatiza la sacralización de los padres, el amor y la obediencia hacia los mismos, acorde con los modelos verticales y asimétricos propios de la familia burguesa. Esto se torna extremo en la sujeción del joven suicida, Mauricio, quien dice matarse por su fracaso escolar, y así lo va anunciando desde el comienzo de la obra.

El yo del suicida, perseguido por el superyó, no ve facilitadas otras vías de canalización de la pulsión mortífera y solo encuentra una opción, la salida dramática de la escena a través de la autoeliminación. Ataca también, en el cuerpo propio, una posesión de los padres, dueños de su deseo y su futuro. A esto parece responder el padre, sentido, en la escena del entierro, cuando lo desconoce como hijo.

El adolescente prefiere a veces el dolor físico antes que el psíquico: puede sustituir la depresión por el pasaje al acto, ya que tiende al hacer, no al pensar, cuando este puede convocar el sufrimiento. El suicidio puede expresar también el odio al cuerpo, ese ajeno generador de culpas y padecer.

La posibilidad de la confrontación generacional, que Winnicott (Winnicott, 1971) destaca como valor en el proceso de autonomización del adolescente, puede verse obturada hoy en día por la falta de oposición, como en otras épocas por las jerarquías incuestionables.

De la violencia física

Los padres incuestionables devienen a veces francamente violentos:

- *Wendla: ¿con qué te pega tu padre, Marta?*

- *Marta: muchas veces pienso que no podría vivir sin tener en casa a una tan mala pieza como yo a quien regañar.*

Una vez mamá me sacó de la cama tirándome de los pelos, caí de bruces al suelo.

- *Wendla: en tu lugar yo hubiera escapado de casa.* (Aquí Wendla, como Melchor en otros momentos, encarna la rebeldía, el deseo de autonomía).

- *Marta: ¿lo ves? A eso iré a parar, según me dice mi madre.* (Marta, en cambio, como Mauricio, asume su descalificación para mantener a los padres como incuestionables: ellos deben tener razón, ella debe preservarlos a través de asumir la falla).

- *Marta: Y cuando estaba tendida en el suelo vino papá, me arrancó la camisa, pegué un salto hacia la puerta, ves cómo tenían razón, quería salir a la calle así como estaba desnuda.*

No obstante, Marta también se rebela interiormente contra su crianza y se propone a veces una maternidad diferente: *“Si alguna vez tengo chicos, les dejaré crecer libremente, como crece la hierba en nuestro jardín”.*

Se anuncia el cuestionamiento de los modelos autoritarios que marcó las transformaciones de los lazos de familia de entonces a hoy, pero no anuló sino en todo caso modificó las formas de una violencia que acompaña al humano a través de los tiempos.

El adolescente peligroso

El adolescente remueve creencias, conmociona el estado de cosas, acciona en el sentido del cambio: por eso es con frecuencia resistido, pensado como peligroso, sojuzgado por el mundo adulto que ve en él al extranjero, el otro, el diferente.

Dice Wendla: *“Figúrate que Melchor me ha dicho el otro día que no cree en nada, ni en Dios, ni en la otra vida, ni en nada...”*

Cuando Wendla cuente a Melchor los castigos que Marta recibe, él dirá:
“Pues sencillamente habría que presentar una denuncia contra su padre!”

Melchor, el cuestionador, el diferente, auspicia etapas posteriores, cuando la sociedad incrementa los modos de intervención en el seno de la familia, desacralizándola.

También Mauricio sueña con cambiar el mundo y las relaciones familiares, en relación con los forzamientos ligados a una concepción pecaminosa y terrorífica de la sexualidad, que él mucho sufre.

“Cuando tenga hijos, haré que duerman juntos, varones y mujeres, desde un principio en el mismo cuarto... y si fuera posible en el mismo lecho... se ayudarán a vestirse y desnudarse... Creo que educándose de este modo, cuando después sean mayores... estarán más sosegados que nosotros, por regla general, lo estamos”.

- Melchor: si tu hijo duerme con tu hija en una misma cama y de repente le acometen las primeras excitaciones sexuales... Por otra parte, la curiosidad no dejaría de hacer de las suyas.

En la obra hay tres espacios en juego: los salones familiares y la escuela, que aparecen como prolongación uno del otro, dominios ambos, aunque con caracteres diferenciales, de un poder cristalizado, adulto y masculino. El poder de la mujer se reduce precisamente al campo del hijo, a la conformación de su psiquismo, a la ingerencia en su cuerpo, en sus deseos. Por último, el tercer espacio, las calles, el campo, el bosque, donde los jóvenes se pasean alejados del mundo adulto, con sus temores y esperanzas, sus preguntas interminables. En uno de estos espacios, el colegio, se sitúa el juicio de Melchor, escena donde el autor se burla de la moral burguesa, que se hace grotesco en la votación bizantina acerca de la apertura de las ventanas, verdadera pintura de cierta adultez oficial de entonces. A la par que pone de manifiesto la indiferencia criminal del mundo adulto ante el dolor de los jóvenes.

El rector aconseja culpar a Melchor y expulsarlo por el suicidio de Mauricio, ya que se ha encontrado su escrito sobre el coito entre los papeles del joven suicida: *“Si omitimos la expulsión de nuestro discípulo culpable, el alto Ministerio de Instrucción podría hacernos culpables de la catástrofe acaecida. Ha suspendido aquellos gimnasios en los cuales han ocurrido el 25% de los suicidios”.*

Pintura que se prolonga en la escena del cementerio, cuando entierran a Mauricio, enjuiciándolo:

- *Un hombre: no se lo hubiera creído ni a mi madre si me hubiera dicho que un hijo se podía portar tan villanamente con sus padres.*

- *Otro hombre: portarse así con un padre que desde hace 20 años de la mañana hasta la noche no pensaba más que en el bien de su hijo.*

- *Rector: de todos modos, no hubiéramos podido aprobarlo.*

- *Padre: el chico no era mío, nunca me gustó, ni de pequeño.*

El sobreviviente, agente de transformación

Melchor, que ha sido “criado mal” por su madre, como le reprochará a esta el padre, terminará en un correccional, del que escapará para iniciar una nueva vida. Detrás de él quedan los muertos: Mauricio, el suicida, y Wendla, víctima a su vez, asesinada por el encubrimiento característico de la moral burguesa. Para abrirse un camino propio Melchor deberá desprenderse de las culpas: un misterioso enmascarado, que parece anunciar la función terapéutica, un psicoanálisis próximo a su nacimiento, le hará saber que Wendla no ha muerto por el embarazo sino por los brebajes abortivos. Melchor sostendrá también su diálogo con el suicidio, el fantasma de Mauricio, pero con el apoyo del personaje y su propia fortaleza psíquica saldrá indemne.

- *Enmascarado: la pequeña hubiera parido a las mil maravillas, ha muerto víctima de los abortivos. Te guiaré por entre los hombres. Te proporcionaré la ocasión de ampliar tus horizontes de modo fabuloso, haré que conozcas todo lo interesante que el mundo encierra.*

Melchor es entonces el hereje respecto de la moral de su tiempo, el héroe en cierto modo, ya que sobrevive a la tragedia pero sin someterse, para gestar, quizá, los aires de transformación. Aquello novedoso que hará diferencia en el transcurso de los tiempos.

Primera versión: 01/10/07

Aprobado: 09/10/07

Bibliografía

Baudrillard, J.: (1998), *El otro por sí mismo*, Barcelona, Anagrama.

Freud, S.: (1905), “Tres ensayos de teoría sexual”. En: *Obras Completas*, Tomo VII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1978.

Freud, S.: (1905), (1907), "El esclarecimiento sexual del niño". En: *Obras Completas*, Tomo IX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1978.

Freud, S.: (1905), (1908), "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna". En: *Obras Completas*, Tomo IX, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1978.

Kaës, R., y otros: (1993), *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1996.

Gutton, P.: (1991), *Lo puberal*, Buenos Aires, Paidós, 1993.

Vátimo, G.: (1989), *La sociedad transparente*, Buenos Aires, Paidós, 1990.

Winnicott, D.: (1971), *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gedisa, 1972.

Resumen

Este artículo analiza los textos de la obra *Despertar de primavera* y a partir de ello aborda modalidades de la pubertad y la adolescencia propias de distintos tiempos, aquel que dio nacimiento a la obra y el actual. La sexualidad salió de la oscuridad que le era propia en el mundo burgués y hoy impregna el espacio de lo público. No obstante, sexualidad sin protección, riesgo, embarazo adolescente, suicidio no son privativos de un solo tiempo, aunque se entremen en lógicas diferenciales.

Considera, entre otros puntos, la cuestión de la información sexual, su conexión con la transmisión intergeneracional, y sus eficacias; el poder y el género; los modos de vinculación entre los adultos y los jóvenes durante el predominio de la familia y la escuela jerárquicas, y el cuestionamiento de dicho modelo que ya la obra pone de manifiesto.

Palabras clave: información sexual; signos puberales; familia jerárquica; poder; género; moral burguesa.

Summary

This article analyses the text from the work *Spring Awakening* and therefrom approaches variations on puberty and adolescence through different periods of time: the one when the play was born and the present.

Sexuality came out of the bourgeois world's dark and nowadays impregnates the public sphere. However, unprotected sexuality, risk, teenage pregnancy,

suicide are not exclusive of a specific period of time even though they were framed in different logics.

It considers, among other topics, the matter of sexual transformation, its connection to intergenerational transmission and its effectiveness; power and gender; different ways of connection between adults and youngsters during the predominancy of family and hierarchical schools, and the questioning of that model, already expressed in the play.

Key words: sexual information; puberal signs; hierarchic family; power; gender; bourgeois morals.

Résumé

Le présent article analyse le scénario de la pièce de théâtre «Réveil au printemps», et à partir de là, il aborde des modalités de la puberté et de l'adolescence propres à différentes époques: celle qui a donné naissance à cette pièce, et celle d'aujourd'hui. La sexualité est sortie de la pénombre qui était la sienne dans le monde bourgeois, et elle imprègne à l'heure actuelle l'espace de ce qui est public. Cependant, la sexualité sans protection, le risque, la grossesse adolescente, le suicide ne sont pas l'apanage d'une seule époque, même s'ils s'entrelacent dans des logiques différentielles.

L'article considère, entre autres, la question de l'information sexuelle, son rapport avec la transmission intergénérationnelle, et ses efficacités; le pouvoir et le genre; les modes de relation entre adultes et jeunes pendant la prédominance de la famille et de l'école hiérarchiques, et la remise en cause de ce modèle, que la pièce met elle-même en lumière.

Mots clés: information sexuelle; signes pubertaires; famille hiérarchique; pouvoir; genre; morale bourgeoise.

María Cristina Rojas
Vuelta de Obligado 2912
(1429) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4701-3303/7610
mcrojas@sion.com